

Comienza su trayectoria literaria en 2002 y la ha desarrollado fundamentalmente en Córdoba capital, donde ha concurrido a diversos certámenes. Destacan los diferentes galardones obtenidos en el "V Concurso de Cuentos, relatos y poesía Sebastián Cuevas" por el trabajo *Más allá del hambre*.

Carmen Gil del Pino

(Córdoba, España)

Octavo Accésit del Certamen Internacional de Relato Breve sobre Vida Universitaria Universidad de Córdoba

EL SECRETO DE AFRODITA

Ella, Julia, becaria de investigación del departamento de arqueología por segundo año consecutivo, se componía los cabellos recogidos primorosamente sobre la nuca con un broche de piedras preciosas. Estaba deslumbrante. De túnica verde oliva y ceñidor dorado con borlones, cubierta por un manto espléndido, se había convertido ya en una auténtica *Afrodita*. El velo blanco que puso sobre su cabeza una vez atados los encantadores rizos exaltaba su hermosura y la hacía realmente divina. En sus ojos, negros como la noche, vivos, ardía un fuego misterioso. De pie frente al enorme espejo del improvisado vestuario, llena ora de impaciencia ora de miedo, temblaba. Esperaba a



que Carlos, su novio, auxiliar administrativo del departamento, creador, director y actor principal de *El secreto de Afrodita*, terminase de pasar revista a los actores y diese la orden de salir a escena. Entretanto, ahondaba en sí: «¡Quién me hubiera dicho hace unos meses que mi vida se iba a volver tan parecida a la de mi personaje! ¡Quién hubiese aventurado mi infidelidad! ¡Si quería a Carlos con locura!». Era domingo y expiraba mayo.

La tarde en que el doctor Susman llegó a la Facultad llovía a mares. Era octubre. Julia estaba en el despacho de becarios, arrellanada en un taburete junto a una vitrina. Dibujaba a carboncillo sobre su bloc un pequeño bifaz achelense. Como un rayo llegó a sus oídos una voz melosa y acariciadora, una voz que fluía blandamente y penetraba en ella. Volvió el rostro hacia la fuente de la que emanaba aquella dulzura. Un hombre de semblante sereno y facciones delicadas la saludaba con exquisitas maneras mientras se desprendía de una empapada gabardina. Al mirarlo, fuego vivo le quemó el alma. No oyó nada de lo que le dijo tras el saludo y las palabras de cortesía: ni que se llamaba Jeffrey, ni que era un paleontólogo que venía del *Cambridge University Museum of Archaeology and Anthropology* con una estancia de nueve meses, ni nada de nada. Tal era su perplejidad. Unos ojos misteriosos, almibarados, profundos, sin color definido, se habían clavado en los suyos y la miraban como si nunca hubiesen mirado. La joven sintió un impulso irresistible. ¡Como imán atraía aquel hombre el hierro de su sangre! No pudiendo luchar contra lo que era mucho más fuerte que ella, en aquel mismo momento quedó convertida en su amante.

De lo que desde aquel día le pasaba por dentro no había dicho nada a nadie y hacía ya ocho meses. ¡Vergüenza le daba confesar su amor arrebatado! Vergüenza y miedo. Todo en su interior eran dudas y justificaciones. «¡Pero si no puedo evitarlo! ¡Si me devora un deseo vehemente desde aquella tarde lluviosa! ¡Si gozo de las delicias del amor por primera vez en mi vida! Después de todo, mi novio no me hacía feliz». Además, Julia necesitaba saborear a solas su delirio y de todas maneras en el plazo de un mes, antes de que llegase el verano, todo iba a saberse, pues se marcharía con Jeffrey a Cambridge. Estaba decidida. Trocaría su mísero acomodo a Carlos por los azares de un porvenir que se le antojaba de locura. ¿Para qué sacar a la superficie las intimidades? Por ella no se sabría nunca nada. Pero el fuego que desprendían sus ojos y sus mejillas la delataba.

La gente se iba acomodando en las sillas colocadas en el patio principal, frente al escenario. Un año más Carlos lo había instalado tras los arcos del fondo. En primera fila, junto a algunas autoridades académicas y municipales, Susman esperaba a su diosa con impaciencia. A fin de disimularla puso sus ojos durante un largo trecho en el estanque. En sus cristalinas aguas se embellecían hasta el límite, mecidos al caer blando de sus diez chorritos, los lirios y las rosas de las macetas del borde; el regio magnolio; los pedazos de columnas gimientes, retorcidos de vivo dolor; y un sol rojo apoteósico.

La presencia de doña Amalia sobre el escenario acabó con las conversaciones del auditorio y atrajo su atención. Se hizo un silencio casi sagrado, profanado levemente, bellamente, por el crepitar de las hojas y el caer dulce del agua. Sonriendo de oreja a oreja con una sonrisa muy



forzada, la decana leyó en tono extraordinariamente monótono durante un interminable cuarto de hora. Que si el personal del departamento de arqueología tenía un gran mérito, que si la semana cultural progresaba año tras año, que si Carlos Roldán había invertido muchas horas en las actividades relacionadas con el acto... Se atrevió incluso a reivindicar subvenciones para la institución. Sus palabras fueron acogidas por el público con mal disimulado tedio. El sonoro aleteo de los abanicos y el murmullo creciente lo dejaron bien palpable. «Disfruten ya con *El secreto de Afrodita*», fue lo último que dijo y por lo que se ganó un tímido aplauso. Y volviendo pies atrás, se perdió entre el cortinaje verde.

Que la obra atrapó al público desde el primer segundo estaba fuera de toda duda. Todo sobre el escenario era movimiento, colorido, luz, felicidad, aroma: jaquel decorado esplendoroso del rico aposento de Efesto y Afrodita, la escena en la que ella lavó con ambrosía y roció de aceite el defectuoso cuerpo de su esposo, la fragancia divina que embalsamaba el patio, el caminar renqueante del dios —interpretado magistralmente por Carlos— dando vueltas como un torbellino y exhalando hondísimos suspiros cuando supo con certeza que su esposa gozaba a escondidas de las delicias del amor con Ares...! La gente atendía con una mezcla de admiración y sorpresa. Y la intriga iba en aumento. El último descanso se hizo interminable. Un enamorado Jeffrey lloraba por exceso de gozo.

Efesto y Afrodita, de pie en una majestuosa escalinata de su soberbio palacio, dirimen su mortal desavenencia cara a cara. Él, atormentado de celos, con el cabo de aquella madeja de discordia bien asido, la interpela con unos ojos que se mueven extrañamente; ella, con toda su aflicción

agolpada en la garganta, sin poder articular palabra, sin poder llorar (torrentes de lágrimas no le hubieran bastado), hecha cuajo la sangre de sus venas, pide en sus adentros a la Tierra que se abra para acogerla en sus cálidas profundidades y librarla así de la furia de su esposo. Pero la Tierra no se abrió y el hijo de Zeus desenvainó la formidable y agudísima espada que llevaba al costado y se abalanzó sobre ella con la celeridad de un rayo. El edificio entero retumbó ante el ruido espantoso que el cuerpo hizo al caer. Echando sangre negra por la boca y roja por la herida, haciendo en vano esfuerzos por levantarse, Afrodita, la de carne y hueso, murió de inmediato. La espada la había atravesado de parte a parte. El grito estremecedor de Jeffrey Susman pasmó el corazón de la fogosa concurrencia.